

ARTE Y LITERATURA



Tres poetas de « Piedra y Cielo »*

MARUJA VIEIRA **

En el mes de septiembre de 1939 apareció el primero de los Cuadernos de Piedra y Cielo, contenía el poema "La Ciudad Sumergida" de Jorge Rojas. Después aparecieron en entregas quincenales y en forma sucesiva "Territorio amoroso" de Carlos Martín, "Presagio del amor" de Arturo Camacho Ramírez, "Seis Elegías y un Himno" de Eduardo Carranza, "Regreso de la muerte" de Tomás Vargas Osorio, "El angel desalado" de Gerardo Valencia y "Habitante de su imagen" de Darío Samper.

Estos siete poetas produjeron en la poesía colombiana una especie de revolución. El majestuoso grupo de "Los Nuevos" no los miró con benevolencia. León de Greiff les escribió sus tremendos "Sonetines Facetos" donde los llamó Narcisos poetillos, Juan Ramonetes de algodón y cera, Narcisos Narcisetes, muñecos de alcornoque. . . Juan Lozano los declaró débiles, morbosos, extraviados, disociadores, decadentes. . . En el breve plazo de dos años se cumplirá medio siglo de la aparición de este grupo y el Piedracielismo es un hecho literario, materia de estudio de críticos y de investigadores en todo el mundo hispánico.

Muchos fueron sus seguidores o que, por vivir también alerta a los mensajes poéticos de la Generación de 1927 en España, recibieron su influencia. Si bien el nombre del grupo es un homenaje a Juan Ramón Jiménez, cuyo primer libro fue publicado en 1901 y cuya obra es como un puente entre la Generación del 98 y la del 27,

* La Universidad Central editó, dentro de las conmemoraciones de sus 20 años de existencia, libros de tres poetas de Piedra y Cielo. Son ellos Jorge Rojas, Gerardo Valencia y Carlos Martín. Sobre dichas publicaciones trata la conferencia que pronunció Maruja Vieira.

** Periodista, escritora, poeta y profesora de la Facultad de Periodismo de la Universidad Central.

los poetas colombianos que aparecieron entre 1939 y 1940 en los Cuadernos de Piedra y Cielo tienen estilos diferentes entre sí. No hay en ellos más relación verdadera que la intención de buscar nuevos rumbos a la expresión poética. Es un grupo multifacético, del cual ya han partido hacia el definitivo misterio Arturo Camacho Ramírez, Eduardo Carranza, Tomás Vargas Osorio y Darío Samper.

Tres poetas del grupo sobreviven. Su iniciador y gestor Jorge Rojas, Carlos Martín ausente por muchos años de la patria y el fino y silencioso caballero llamado Gerardo Valencia. A ellos tres vamos a referirnos especialmente, porque la Universidad Central al cumplir veinte años de fundación y orientada por la sensibilidad excepcional de Jorge Enrique Molina, editó tres libros que contienen lo más reciente de la obra de estos poetas. Son *Soledades III*, versos escritos por Jorge Rojas entre 1979 y 1985, *Los Poemas Tardíos* de Gerardo Valencia y *El Sonido del Hombre*, con la obra más reciente de Carlos Martín.

Cuando Jorge Rojas publicó, en septiembre de 1939, *La Ciudad Sumergida* en la primera de las entregas de los Cuadernos Piedra y Cielo, no era seguramente ajeno al impulso que el grupo que a su alrededor se formaría, estaba destinado a dar a la poesía colombiana. Estas fueron sus palabras de entonces:

“Un día cualquiera, de súbito y sin proyecto que asegurara su vuelo sobre el mundo, aparte de su propio empeño —saeta de aventura igual que la poesía— pensamos echar estos cuadernos a la calle para decirle a los hombres ciegos nuestra entrañable verdad. Creemos en la poesía. Respiramos su imponderable materia y transitamos su misterioso rumbo. Queremos reflejar claramente sobre el huidizo espejo del tiempo cuanto de eterno ha dejado entre nosotros su duro mandato y tremenda predestinación. Esa nuestra empresa espiritual que iniciamos hoy con este primer cuaderno de “Piedra y Cielo”; a golpes de alma y canto pasaremos el círculo que nos encierra porque ya es hora de que nuestra poesía sea sopesada y medida y se lance resueltamente a la conquista de sus ocultas y permanentes minorías. El logro de nuestro intento marcará la anunciación del canto”.

Jorge Rojas eligió en aquel entonces la que otro gran poeta, el venezolano Andrés Bello, llamara “La dantesca red de los

tercetos". Y la eligió para rendir homenaje a Tunja en el cuarto centenario de su fundación, que se conmemoraba en aquel año ya lejano: "No quise ver el mar porque sabía/ que el corazón más honda inmensidad/ y olvidada del hombre me ofrecía. . ."

En el dorado resplandor de su edad, Jorge Rojas dedica su último, su más reciente libro, a sus compañeros de Piedra y Cielo. Y de nuevo el terceto (la tredecima) nos conduce esta vez a la catedral compostelana "laberinto de maravillas":

*Luz del granito y polvo de luceros
devuélvele al camino de Santiago
cuanto tu hechura le usurpara al cielo.*

*En concha peregrina vierto el canto
para llevar el salmo de la lluvia
desde tus altas torres a mis labios.*

*¡Arcos y naves volanderos! fuga
sideral de la piedra como un soplo
de aire en ascenso sobre las columnas.*

*Detén las horas, mientras mira absorto,
el ojo enajenado por tu gracia,
flores, encajes, pliegues y abalorios
con que vistas el son de tus campanas.*

Haciendo una paráfrasis de palabras de René Uribe Ferrer, diremos que Rojas a través de casi cincuenta años de producción poética, continúa siendo el maestro del ritmo. El maestro de la imagen. El maestro de la sobriedad. Por eso en los años setenta de su edad vital, continúa siendo el poeta mayor del grupo de Piedra y Cielo y uno de los grandes de Colombia.

El nombre *Soledades* viene desde un libro suyo publicado en 1948 por las Ediciones Espiral de Clemente Airó. En *Soledades II* y *Soledades III* respetó Jorge Rojas el formato original del primer libro y el dibujo que dejó en la portada aquel español que lanzó a nuestras playas la marejada de la guerra civil. Promotor del grupo de los "Cuadernícolas" que ahora se llama la Generación del Medio Siglo, Clemente Arveras Oria, Clemente Airó, perdura en los

libros de Jorge Rojas que contienen algunos de los poemas más hermosos de la literatura colombiana.

En el primero está el Salmo de los Árboles:

*Si quieres acercarte más a mi corazón
rodea tu casa de árboles.
Y sentirás el júbilo de la flor incipiente
mientras menos lograda más lejos de la muerte.
Escucharás las cosas pequeñas que yo escucho
cuando cae la tristeza sobre los campos húmedos.
El grillo que devana su pequeña madeja
de soledad y extiende su música en la hierba.
Y verá tu pupila la aventura del vuelo,
la fatiga del ala bajo el plumaje trémulo.
Planta delgados álamos, donde sus sombras midan
el césped silencioso y el agua cantarina.
Y el quieto surtidor verde de los sauces
para que la tristeza caiga en tus ojos dulces.
El huso de los pinos donde la sombra crece
que hile la blandura de los atardeceres.
Y cuando esté maduro el silencio del bosque
pártelo como un fruto, pronunciando mi nombre.
Que sostengan los árboles la lluvia entre sus ramas
con la misma dulzura con que se toca un arpa.
Y hasta en la oscura noche, cada tallo en aroma
te entregue la delicia de las futuras pomas;
Y las redondas bayas —madurez y deseo—
pendan de los flexibles gajos de los ciruelos.
Y decoren de plata sus hojas las acacias
como si amaneciera la luna entre sus ramas.
Que la flor del magnolio, al alto mediodía,
un loto te recuerde bajo la luz tranquila.
Y la savia palpite si grabas en los robles
el contorno perfecto de nuestros corazones.
El laurel, aún sin frente qué aprisionar, recuerde
a tus manos la ausente materia de mis sienes.
Y el mimbre que se doble tierno sobre el estanque
como si en él quisiera ver el vuelo de un ave.
Despertarán entonces al vaivén de las ramas
más pájaros que cantos caben en la mañana.
Y la luz será lira sostenida en el aire,
iniciación del alba límite de la tarde.
Acércate al rumor del viento entre los árboles
amada, y sentirás el rumor de mi sangre.*

En *Soledades III* vuelven los árboles a rodear al poeta, trayéndole en el suave movimiento de sus ramas un rumor de pasos, una sonrisa desaparecida y presente, la huella de una mujer intensamente, largamente amada. La soledad del poeta está habitada por una presencia, como la de Vera, de Villiers de L'Isle Adam, que habita invisible el castillo del conde de Athol y es de repente un perfume, el movimiento de un velo en el aire, el eco de una voz. . . Así *Los Árboles*, un poema reciente de Jorge Rojas, que se encuentra en *Soledades III*:

*Nunca el nombre buscamos en los libros
del sauce, del nogal o la araucaria
para qué, si un idéntico destino
entre la niebla, todas las mañanas
aceptamos, unidos a la tierra,
soportando la lluvia en las espaldas?*

*Qué más daba decir Maruja o Ceiba
Jorge o Laurel, si eramos la vida
confundidas las sombras en la hierba?*

*Si no, mirad cómo en remotos días
clavada entre los árboles del salmo
una flecha temblando todavía
sobre dos corazones enlazados.*

El 25 de septiembre de 1939 apareció en los Cuadernos de Piedra y Cielo *Territorio Amoroso* de Carlos Martín. “Siempre hemos creído —dice la nota introductoria— que en último término lo deshumanizado en poesía no puede existir. Toda aparente deshumanización es un movimiento natural y humano a evadirse de cuanto inmediata y necesariamente más nos domina. Con todo debemos repetir: “la obra de arte se logra y permanece, en tanto contenga aliento y raíz humanos, capaces de hacerla vital”. También es innegable que el arte, en gracia de su ser, debe mostrar el mundo circundante rebelde a su condenada forma, a su limitado sitio, a su prendido color; de lo contrario, dejaría de ser esa otra y maravillosa naturaleza antagónica si se quiere y paralela a la primeramente creada. De tal suerte lo irreal y lo humano no se contraponen sino que se complementan en la realización y permanencia de la obra”.

Carlos Martín acepta en su primer libro la influencia de Gustavo Adolfo Bécquer, tan clara en José Asunción Silva, tan luminosa en Antonio Machado, eterna en su breve cielo que surcan oscuras golondrinas; a Gustavo Adolfo Bécquer dedicó Carlos Martín el poema "Huésped de la niebla" que abre el volumen breve y transparente de su *Territorio amoroso*. :

*Entre los brazos de la enredadera
la ventana de párpado cerrado
llora la ausencia de la primavera.*

*Y el temblor de tu canto enamorado,
por el blanco camino carretero,
se arrastra en sangre, nardo y luz bañando.*

*Arbol que llora en cielo verdadero
con voz de rima y ruiseñor herido
de amor y luna y llanto prisionero.*

*Un caracol de sangre en pecho ardido
murmura tu presencia de alba pura
por el sueño recién anochecido.*

*Una ola de música apresura
su temblor de guitarra destrozada
entre los brazos de la desventura.*

*Qué río con estrellas tu mirada!
Qué llama de jazmín tu frente ardida!
Qué isla de tu sueño desterrada!*

*En instantes de alondra repetida
de sangre, nieve y luna la amorosa
canción de blancas alas detenida.*

*Golondrina de sueño y mariposa,
tu saeta en el alma se ha clavado,
volando voladora y temblorosa.*

*Hilo de luz al infinito atado
y huésped-ruiseñor de niebla y nieve
al olvido y al tiempo arrebatado.*

*Llegando al corazón como a leve
arpa irreal, tu rima verdadera,
con pecho de cristal, volando mueve
todas las alas de la primavera.*

“Todas las alas de la primavera” llevaron un día a Carlos Martín a tierras lejanas. La historia la cuenta Pedro Gómez Valderrama: “Un día hizo sus maletas y se fue a vivir a Europa. Y como todos los hombres sensibles que viven lejos, volcó su espíritu en la patria lejana. Enseñó a Colombia, enseñó a América Latina, enseñó a toda una expresión literaria que retrata un Continente; y dejó una maravillosa huella, un camino poético que hoy conduce a su casa cercana a Madrid. Y de Madrid, naturalmente, cada tres, o cuatro, o cinco años a Colombia, a ver a los suyos, a ver a sus amigos, a ver el cielo gris de la Sabana, a recorrer las sendas verdes y mágicas de Boyacá. Y con él trae su nueva poesía. Una poesía tan suya como la de siempre, pero en la cual se perciben otros acentos más profundos, de un ascetismo que lucha con la tentación como el pecado con el ángel. Una poesía de diáfana expresión, de profundidad maravillosa, con un vago recuerdo quevediano, con una profunda sabiduría vital, que la hace inmensamente sugestiva y grata, a la vez poesía de embrujo y poesía de lección”. Cerca del mar de Schveningen en la Holanda meridional o en las arenas nórdicas, su nostalgia del trópico y del solar nativo se traduce en poemas de impecable factura y hondas músicas misteriosas:

*Aquí en el Norte frío,
bajas nubes dispersan a los pájaros,
en tanto la fugaz ausencia del cielo de unos ojos,
esta tarde, me acerca a la orilla del mar.*

*Respiro un viento nuevo
de recordado trópico,
de playa soleada, de valle con jazmines,
naranjas, madre selvas, heliotropos,
y siento divididos alma y sueño
en dos nostalgias hondas:*

*Una, por ella, mía, cual mi sangre;
otra por el amor a todo un mundo,
mío también, donde mis muertos yacen,
antípodas de oro, de esmeralda,
de frutas, de caballos y de armas.*

*Para llegar al Sur de las maderas perfumadas
el viento se fatiga y las olas se alargan
y, de nuevo, levantan sus crestas espumosas
hasta golpear sus playas.*

*Allá los potros blancos cabalgúe
por la llanura inmensa
y en vecindad de río y de montaña,
soñé largos caminos de ultramar.*

*Aquí, los mismos potros piafan,
entre espumas y hojas,
multiplican los belfos, las crines y los remos,
entre los cristalinos matorrales
y entre los ondulantes lomos.*

*Estos son los caballos del océano,
los que viajan al trópico y regresan
con la estrella del sur sobre la frente.*

*A rienda suelta, sin estribos,
mi corazón galopa,
con la amada en la grupa de un potro del océano
sin dejar de mirar las crestas blancas
que me alejan de un mundo
lleno de un sólo amor definitivo
y me acercan al otro,
donde me espera un bosque de brazos fraternales
y de adoradas tumbas.*

Carranza afirma que “Martín es dueño de un denso y vigoroso caudal de imágenes, de primera substancia lírica. Su poesía nos da a veces la sensación de un ancho viento rafagueante, cargado de gérmenes, de estrellas en desorden, de besos, de frutas, de nieblas, de música, de cabelleras en delirio”. . .

El tercer poeta que apareció en los Cuadernos de Piedra y Cielo el 20 de octubre de 1939 fue Arturo Camacho Ramírez, infortunadamente desaparecido, a tiempo que su poesía aparece constantemente en la memoria “Como una enredadera prendida al universo”. El cuarto Cuaderno de Piedra y Cielo contuvo “Seis Elegías y un Himno”, de Eduardo Carranza, allí está su inmortal Ele-

gía a Maruja Simmonds sobre el Cielo de Popayán: “En Popayán de piedra pensativa/. En su clima de tibia melodía/. Bajo una antigua niebla de leyendas/ y un trémulo glosario de campanas,/ era Maruja Simmonds dulce y firme/ con su alma de roble y de violeta”. Y “Un domingo sin ti, de ti perdido/, es como un túnel de paredes grises/ donde voy alumbrado por tu nombre, es una noche clara sin saberlo/ o un lunes disfrazado de domingo;/ es como un día azul sin tu permiso”.

La quinta edición de Piedra y Cielo presentó “Regreso de la Muerte” de Tomás Vargas Osorio. “Si la insistencia de las palabras—dice la nota prologal— nos diera la posición del hombre ante las realidades circundantes que más le atraen, concluiríamos que es la muerte el más estrecho cerco ante el cual se encuentra lanzado el poeta de hoy. . . ” Y por más que se trate de explicar en términos de lógica la actitud de algunos poetas ante la muerte, no pertenece a los dominios de la razón el hecho de que aquellos que mucho la llamaron se han marchado con ella, jóvenes todavía como Tomás Vargas Osorio, Eduardo Cote Lamus, José María Vivas Balcázar, Jorge Gaitán Durán. . . Para Vargas Osorio “La muerte es un país verde/ con un pájaro cantando en esa rama última/ que tiembla de azul frío. . . / “La muerte es un país verde/. Y ríos hay rumorosos,/ de ondas infinitas,/ y colinas y trinos/. Y uno estará solo,/ perfectamente solo,/ sin su corazón, sin su memoria/, suprema dicha de la soledad/ que se alza de uno mismo —viva— y uno no la siente. . . ”

La sexta entrega de Piedra y Cielo apareció en febrero de 1940 y contenía “El ángel desalado”. Su título—dice la presentación de aquel entonces— “más que comprender con justeza el espíritu de estos poemas de apacible belleza, comprende más bien su constante preocupación de hombre por lo que está más allá del mundo físico, su tremante angustia interior, sus ojos abiertos a su efímera humanidad, su oculto patetismo que al mostrárnoslo como poeta apenas logra ser como una estrella rota en el fondo de un agua quieta o los golpes de un niño a través de un muro de nardo”. Es entre todos los poetas del grupo el que mejor capta el tomo de la primera etapa de Juan Ramón Jiménez, por su capacidad intrínseca de reflejar el alma de paisaje:

*Quién ha matado el paisaje?
Ya nada dice a mi espíritu.
Ruedan, ruedan, ruedan, ruedan,
los árboles en el viaje.
Corren las aguas del río,
la brisa teje guirnaldas.
Para qué?
Ya nada dice a mi espíritu.
Quién ha matado el paisaje?
Sólo tú.
Ya se lo llevan en sombra,
lo sepultan en la noche.
Los grillos lloran y lloran.
Si yo te viera llorando
tal vez podría consolarte!*

Después de muchos años y relativamente pocos libros, encontramos de nuevo el tema del paisaje bellamente expresado en el volumen *Los Poemas Tardíos*:

*Un guayacán gigante
y un surco de azucenas;
el arroyo entre piedras
juega con las espumas;
lejos se ve un sendero
que asciende por la loma.
Corriendo por el prado
un niño juega:
bajo sus pies descalzos
el barro traza mapas
de incógnitos caminos.*

*Una mujer lo mira
desde las azucenas
y piensa:
a dónde irá el camino
que habrá de recorrer?
El niño llora.
Nadie sabe por qué.*

Dice David Mejía Velilla: “Vengamos a *Los Poemas Tardíos* de Gerardo Valencia. Aquí todo es oro del mismo tesoro. Aquí el autor de *El Sueño de las Formas* ha continuado afirmando sobre

ellas su dominio. Aquí el autor de *El Libro de las Ciudades* se ha vuelto a detener ante las ruinas. Pero aquí Gerardo Valencia nos ha traído, además, la novedad de un más descarnado despojo que busca las esencias. . . ” Así el poema “Biblioteca”:

*En este cementerio vertical de los libros
reposan mis recuerdos.
El que leímos juntos y que ambos olvidamos;
nombres de los que fueron gloriosos y pasaron,
tienen aquí su fosa, no puede mi memoria
encontrar ya los versos que me fueron tan caros
y cuando los repaso me doy cuenta que han muerto.
Museo del pensamiento
ya le llegó su ocaso:
lo que fue mi gozo
hoy es memoria amarga;
los libros también mueren
y en mi olvido reposan.*

La última entrega de Piedra y Cielo contenía “Habitante de su Imagen” de Darío Samper. Así lo presentaron en 1940: “Incorporado alrededor del año treinta al grupo de los Bachué, fue su voz una de las más estables dentro del efímero eco de ese movimiento terrígeno, movimiento que para el muchacho de Colombia, sin ser un contrasentido, tenía ciertos ribetes de aventura exótica, como quiera que todas nuestras fuentes de cultura y las aspiraciones más elementales de nuestra vida convergían incuestionablemente a los valores europeos. . . ” En él se adivina una influencia muy diferente a la de Juan Ramón Jiménez, la del juglar de Fuente Vaqueros, Federico García Lorca:

*“Ya viene la mañana
por la ancha plaza.
Trae sobre su pecho
la rosa colorada.
La camisa bordada
de fina plata.
En la trenza morena
la perla malva.
En la voz —verde
rumor de agua,
un jacinto de niebla
en la garganta.*

*Está cortando sueños
su fría espada.
¡Abrid para que entre
puertas y ventanas!*

*Que este sueño sin muerte
corte su espada.
Ancha es la plaza
y un vuelo de palomas
la pone blanca.*

Allí terminaron las ediciones de Piedra y Cielo. Y aunque Darío Samper esta muerto, brillan sobre su tumba las palabras de Jaime Barrera Parra: “Darío Samper, nacido en tierras de trigo y de manzanas, han sido, dentro de su generación, el más alto cantor de la tierra caliente. Con la pupila húmeda y redonda, como la de un gato de casona eclesiástica, ha espiado la luz virulenta de los paisajes tórridos y la ha reducido a pastillas. En sus versos late el Tolima del romancero y acaso no haya tenido el llano tolimense, el llano de paja que arde bajo el foetazo vertical de la agria canícula, un tan enamorado fotógrafo como Darío Samper, el boyacense”. . . “Aquí está Vidal Acosta,/ su mula a todo correr,/ con ese paso más fino/ que el paso de una mujer./ Ay, Vidal Acosta el guapo,/ mi Dios te lleve con bien,/ no olvides la negra mala/ que te rindió su querer./ La que te dio escapulario,/ medalla de salvación,/ y un pañuelito de seda/ que en su llanto perfumó;/ llévalo sobre el bolsillo/ encima del corazón! . . .”

“Compadre Tulio Varón!/ Yo también soy tu soldao,/ con mi ruana blanca al hombro/ y mi machete terciado,/ Doima arriba, Doima abajo,/ más aprisa que un venao,/ más bravo que el toro padre/ cuando se siente toriao!/ Compadre Tulio Varón:/ en este tiple templao/ queda llorando en las primas/ este galerón cantao!

“Pero Vidal Acosta no rindió su bandera./ El no firmó la capitulación./ El puso en fila a sus compañeros/ y con su nuevo grito llamó a la rebelión./ Los soldados se agruparon bajo su grito/ como bajo la sombra de un ancho pabellón”.

...
“Eran 40. Y el más bravo, el que sabía más canciones, el que amó más mujeres, el que tenía el mejor caballo/ y el que llevó su bandera como a una novia,/ eras tú, Vidal Acosta,/ héroe de la vereda y de los campos. . .”

...
"Capitán Tulio Varón/ ¡Ay capitán!/ No vayas a la ciudad/ ¡Ay capitán!/ En las calles de Ibagué/ ¡Ay capitán!/ Sus sombras en las esquinas/ ¡Ay capitán!/ Blancas estaban las casas./ ¡Ay capitán!/ alba de cal en los muros/ ¡Ay capitán! La flor de sangre marchita./ ¡Ay capitán!/ Y el corazón por el aire/ ¡Ay capitán! Buscando entre los soldados/ dónde está Tulio Varón!/ El del jipijapa blanco/ y el del negro cinturón!/ Te han buscado y te han hallado,/ capitán Tulio Varón./ En donde está tu machete,/ ese que brillaba al sol?/ El que alumbraba en la sombra/ como una estrella de Dios? El que temblaba en la sangre/tibia de la rebelión?/ Ay, capitán de los nuestros,/ capitán Tulio Varón!"

Con Darío Samper terminaron los Cuadernos de Piedra y Cielo, que tuvieron coetáneos como Antonio Llanos, epígonos como Vivas Balcázar. . . Pero en tierras del Tolima no deja de resonar la voz de Samper. . . "Déjame un día de río/ sobre los siete puentes de Honda,/ donde cada sueño se mece sobre el agua/ como esas bandadas de pañuelos/ que ponen a secar las lavanderas.

En Ambalema refresca/ la risa de las cigarreras/ como una/ limonada con hielo./ Y Natagaima,/ Oh, flauta del indio!/Natagaima. . . /Todavía tengo los besos/ de la mulata. . . / Ambalema risa/cigarre-
ras!/ Mujeres altas y silenciosas/ salen en la noche/ a recibir la ducha de las estrellas. . . "

Fue homenaje a tres poetas del grupo Piedra y Cielo que sobreviven, con su poesía intacta y su capacidad creativa acendrada por los años: Jorge Rojas, Carlos Martín, Gerardo Valencia.